

UNA GRAN AVENTURA



Caminando por la Biblia nos encontramos, después del Evangelio de Juan, con el relato de la gran aventura, no exenta de peligros, que protagonizaron los primeros seguidores de Jesús Resucitado.

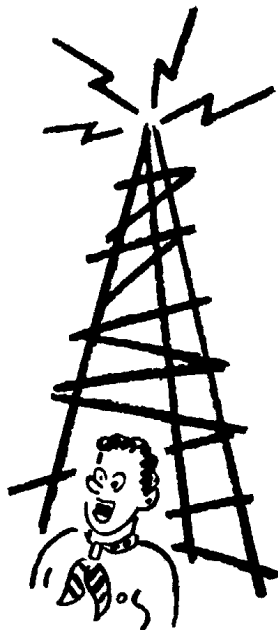
Está recogida en el Libro de los HECHOS DE LOS APOSTOLES, quinto del Nuevo Testamento y escrito hacia el año 63 de nuestra era por el evangelista Lucas, que lo destinaba, básicamente, a las comunidades cristianas que surgieron y se desarrollaron en Roma e Italia.

El Libro, con el que pretende dar vida a las experiencias de fe de aquellas primitivas comunidades surgidas a raíz de la Resurrección, puede considerarse, realmente, como la historia del Cristianismo que abarca desde la Ascensión de Jesús hasta la llegada de Pedro a la ciudad de Roma.

A los cristianos, aún hoy, nos es imprescindible profundizar en este libro si queremos entender el desarrollo de la Iglesia recién estrenada y llena de vigor por la fuerza del Espíritu y admirarnos de cómo aquellos cristianos continuaron y confirmaron la obra de Jesucristo Resucitado.

Examinemos la estructura de este interesante relato, de manera que nos sea posible adentrarnos en los acontecimientos y experiencias de aquellos primeros cristianos.

En la Introducción (1, 1-26) Lucas narra con cierta amplitud todo lo referente a la Ascensión de Jesús y a la elección de Matías, que debió ocupar el sitio dejado por Judas en el Colegio Apostólico.



Entonces los apóstoles se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Llegados a casa subieron a la sala, donde se alojaban: Pedro, Juan, Santiago, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Santiago el de Alfeo, Simón el Celotas y Judas el de Santiago. Todos ellos se dedicaban a la oración en común, junto con algunas mujeres, entre ellas María, la madre de Jesús, y con sus hermanos.

Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de los hermanos y dijo (había reunidas unas ciento veinte personas): Hermanos, tenía que cumplirse lo que el Espíritu Santo por boca de David, había predicho, en la Escritura, acerca de Judas, que hizo de guía a los que arrestaron a Jesús. Era uno de nuestro grupo y compartía el mismo ministerio.

Con la paga del crimen compró un terreno, se despeñó, reventó por medio y se esparcieron sus entrañas. El hecho se divulgó entre los vecinos de Jerusalén, y a aquel terreno lo llamaron en su lengua Hacéldama, o sea, campo de sangre.

Porque en el libro de los Salmos está escrito: que su morada quede desierta y nadie habite en ella, y también: que su cargo lo ocupe otro.

Hace falta, por tanto, que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús, uno de los que nos acompañaron mientras convivió con nosotros el Señor Jesús, desde que Juan bautizaba, hasta el día de su ascensión. Propusieron dos nombres: José, apellidado Barsabá, de sobre nombre justo, y Matías. Y rezaron así: Señor, tú penetras el corazón de todos; muéstranos a cuál de los dos has elegido para que, en este apostólico, ocupe el puesto que dejó Judas para marcharse al suyo propio. Echaron suertes, le tocó a Matías y lo asociaron a los once apóstoles. (1, 12-26)



La primera parte (2,1 al 8,3) nos introduce en la vida o desarrollo de la Iglesia de Jerusalén; se contempla también la fuerza apostólica del Apóstol Pedro; la vida edificante de los primeros cristianos, soportando persecuciones; los primeros milagros de los discípulos de Jesús; la elección de los siete diáconos y el martirio de uno de ellos, S. Esteban.





Oyendo su palabras se recomían por dentro y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: Veo el cielo abierto y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios. Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos, dejando sus capas a los pies de un joven llamado Saulo, se pusieron también a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Luego, cayendo de rodillas lanzó un grito: Señor, no les tengas en cuenta este pecado. Y con estas palabras expiró. (7, 54-60)



En la segunda parte (8,4 al 15,25) asistimos a la impresionante propagación del cristianismo fuera de la ciudad de Jerusalén, concretamente en Samaria, Damasco y Antioquía; a la conversión de un ministro de la Reina de Candace, que se encuentra con el Apóstol Felipe; a la sorprendente conversión de Saulo (Pablo) y del centurión romano Cornelio; a la predicación y conversión de los pueblos de la gentilidad; al martirio de Santiago, el hermano de Juan y a la prisión del Apóstol Pedro.



Saulo seguía echando amenazas de muerte contra los discípulos del Señor. Fue a ver al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, autorizándolo a traerse presos a Jerusalén a todos los que seguían el nuevo camino, hombres y mujeres. En el viaje, cerca de Damasco, de repente una luz celeste lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Preguntó él: ¿él: ¿Quién eres, Señor? Respondió la voz: Soy Jesús, a quien tú persigues. levántate, entra en la ciudad y allí te dirán lo que tienes que hacer.

Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo y aunque tenía los ojos abiertos, no veía. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber. Había en Damasco un discípulo, que se llamaba Ananías.

El Señor lo llamó en una visión: Ananías. Respondió él: Aquí estoy, Señor. El Señor le dijo: Ve a la Calle Mayor, a casa de Judas y pregunta por un tal Saulo de Tarso. Está orando, y ha visto a un cierto Ananías que entra y le impone las manos para que recobre la vista. Ananías contestó: Señor, he oído a muchos hablar de ese individuo y del daño que ha hecho a tus santos en Jerusalén. Además trae autorización de los sumos sacerdotes para llevarse presos a todos los que invocan tu nombre.

El Señor le dijo: Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para dar a conocer mi nombre a pueblos y reyes, y a los israelitas. Yo le enseñaré lo que tiene que sufrir por mi nombre. Salió Ananías, entró en la casa, le impuso las manos y dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció cuando venías por el camino, me ha enviado para que recobres la vista y te llenes de Espíritu Santo.

Inmediatamente se le cayeron de los ojos una especie de escamas y recobró la vista. Se levantó y lo bautizaron. Comió y le volvieron las fuerzas. ((9, 1-19)



Finalmente, la tercera parte (13,1 al 28,31) se encarga de narrar la espectacular propagación del Evangelio por las naciones; los grandes viajes de Pablo, Apóstol de los gentiles; el primer Concilio de la Iglesia celebrado en Jerusalén y las prisiones de S. Pablo, primero en Jerusalén y finalmente en Cesarea y Roma.



Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo: Atenienses, veo que vosotros sois hombres religiosos. Porque paseándome por ahí y fijándome en vuestros monumentos sagrados, me encontré un altar con esta inscripción: Al Dios desconocido.

Pues eso que veneráis sin conocerlo, os lo anuncio yo. El Dios que hizo el mundo y lo que contiene. El es Señor de cielo y tierra y no habita en templos contruidos por hombres ni lo sirven manos humanas; como se necesitara de alguien Él, que a todos da la vida y el aliento y todo. De un solo hombre sacó todo el género humano para que habitara la tierra entera, determinando las épocas de su historia y las fronteras de sus territorios. Quería que lo buscasen a El, a ver si, al menos a tías, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros, pues en El vivimos, nos movemos y existimos; así lo dicen incluso algunos de vuestros poetas: somos estirpe suya.

Por tanto, si somos estirpe de Dios, no podemos pensar que la divinidad se parezca a imágenes de oro o de plata o de piedra, esculpidas por la destreza y la fantasía de un hombre. Dios pasa por alto aquellos tiempos de ignorancia, pero ahora manda a todos los hombres en todas partes que se conviertan. Porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre designado por El; y ha dado a todos la prueba de esto resucitándolo de entre los muertos.



Al oír resurrección de muertos, unos lo tomaban a broma, otros dijeron: De esto te oiremos hablar en otra ocasión. Pablo se marchó del grupo. Algunos se le juntaron y creyeron, entre ellos Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más. (17, 22-34)



Un recorrido impresionante que nos hace contemplar, emocionados, la ilusión de aquellos cristianos, que dan testimonio con la palabra y con su sangre de la Buena Noticia de Cristo Resucitado.

La lectura reposada de los Hechos nos induce a descubrir que la fuerza del Espíritu Santo es fundamental en la vida de la Iglesia: El es el que impulsa a los apóstoles en la elección de Matías; El que en Esteban es fortaleza que lo lleva hasta el martirio; el que irrumpe en el camino del perseguidor Saulo para romper sus esquemas y convertirlo en Apóstol, y el que pone en sus labios las

palabras necesarias para anunciar al Dios desconocido por los atenienses.

Amigo Scout, tu entiendes bien el lenguaje de los Hechos; de alguna forma, las aventuras de aquellas comunidades son tus propias aventuras. Cuando preparas, dentro de las actividades de de tu Unidad, las que tú mismo vas a protagonizar, disfrutas y fortaleces tus capacidades; quieres probar, junto a tus compañeros, la anchura de tu inventiva y resistencia. Pero debes de saber que no puedes convertir en un fin lo que solamente es un medio. Las actividades que programas y realizas son indicadores que te señalan cómo afrontar la mayor de tus aventuras, la de tu propia vida como miembro de la Iglesia.

El vigor de tu cuerpo y el impulso de tu voluntad te ayudarán a subir montañas, a vadear ríos caudalosos, a descubrir bellos parajes, a soportar la sed y el cansancio; pero para vencerte a ti mismo, tus impulsos menos ordenados, tus perezas y tus egoísmos, y para ser testigo de tu vida creyente, necesitas algo más que el vigor de tu cuerpo y el empeño de tu voluntad; necesitas la auténtica Fuerza que te convertirá en vencedor y que palpita y se mueve en el corazón de la humanidad: la Fuerza del Espíritu de Dios.



Queremos terminar esta reflexión invitándote a leer otro texto del libro de los Hechos que podría ser como el resumen y compendio de todo su contenido. Léelo con atención y procura hacer de tu vida de Scout un continuo y vigoroso Pentecostés, es decir una progresión constante de tu espiritualidad.



Al llegar el día de Pentecostés estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente un ruido del cielo, como un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos del espíritu

Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el espíritu le sugería.

Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos preguntaban: ¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas; otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua. No acertando a explicárselo, se preguntaban atónitos: ¿Qué quiere decir esto? Otros se burlaban: Están bebidos.



Pedro, de pie con los Once, pidió atención y les dirigió la palabra: Judíos y vecinos todos de Jerusalén, escuchad mis palabras y enteraos bien de lo que pasa. Estos no están borrachos, como suponéis; no es más que media



mañana. Está sucediendo lo que dijo el profeta Joel: En los últimos días -dice Dios- derramaré mi Espíritu sobre todo hombre: Profetizarán vuestros hijos e hijas, vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días y profetizarán. Haré prodigios arriba en el cielo y signos abajo en la tierra: sangre, fuego, columnas de humo. El sol se hará tinieblas, la luna se teñirá de sangre antes de que llegue el día del Señor, grande y deslumbrador. Pero cuantos invoquen el nombre del Señor se salvarán. (Hechos 2, 1-21)